

general, tales hombres en toda deliberación encuentran reposo de estar en el lado negativo, y asignan crédito a un objeto y predicen dificultades; dado que, cuando las proposiciones son negadas, es el fin de ellas; pero si son permitidas, esto requiere nuevo trabajo; cuyo falso punto de sabiduría es el azote de la empresa. Para concluir, no hay mercader en decadencia o mendigo secretamente en bancarrota, que haya usado tantos trucos para mantener el crédito de su riqueza como estas personas vacías lo han hecho para mantener el crédito de su suficiencia. El parecer hombres sabios puede contribuir a formar una opinión; pero no permita a hombre alguno emplearlos; ya que con certeza debería tomar para su empresa, a un hombre algo tosco, antes que a uno formal en exceso.

De Bacon, Francis, 1597 (1625): "On Seeming Wise" en *Essays*.

SECULARIZACIÓN

Miranda Lida

En la sociología clásica existe, y ha existido por lo general, un fuerte consenso acerca de que las sociedades modernas han experimentado un importante proceso de secularización, proceso que se habría iniciado a partir de una serie de factores: la reforma protestante, el desarrollo de los estados modernos, el capitalismo industrial y la revolución científica. Y dado que era tan fuerte el consenso al respecto, era posible pues prescindir de la investigación empírica. Este consenso, sin embargo, merece ser revisado en función, sobre todo, de la investigación empírica que, quierase o no, arroja datos que tenderían a contradecir la tesis de la secularización tal como fue esbozada por la tradición sociológica. Debemos pues, para ello, en primer término, revisar qué se entiende por secularización, cuáles son las raíces en las que este concepto se halla fundado y cómo ha sido interpretado entre los padres de la sociología; en segundo lugar, señalar las limitaciones del concepto a la hora de la investigación empírica, a la luz de las más recientes investigaciones sobre esta materia (en este sentido, véase el reciente trabajo de José Casanova); por último, indicar qué utilidad presenta este concepto y qué precauciones es necesario tener en cuenta si todavía pretendemos hacer uso de él.

Decíamos que en la tradición sociológica ha tendido a prevalecer

el consenso. Así, Ferdinand Tönnies advertía que con el desarrollo de la *Gessellschaft* (sociedad) moderna –en contraste con la comunidad donde los lazos sociales eran de tipo orgánico–, el lazo contractual forjado a la luz del mercado tornaba innecesaria la comunidad de creencias que estaba por el contrario en la base de la *Gemeinschaft*. O bien, como dice Durkheim, podrá afirmarse que en la sociedad moderna “los antiguos dioses envejecen o mueren, y aún no han nacido otros nuevos”. Weber, por su parte, señalaba que, una vez que la modernidad consumó el proceso de desencantamiento del mundo, las “antiguas iglesias” sólo servirían de refugio para aquellos que inútilmente pretendieran resistirse al proceso de racionalización. Fustel de Coulanges advertía, a su vez, cómo el desarrollo del racionalismo en el mundo antiguo había dado origen a una sociedad que ya no necesitaba fundarse en la religión... Podríamos seguir acumulando referencias tomadas de la sociología clásica que dan cuenta de este consenso. No obstante, lo que debemos hacer aquí es desmenuzar el concepto de secularización en sus distintas dimensiones.

Una primera es la que se refiere al inevitable declinar de la religión, que habría de suceder a la par del desarrollo de la sociedad moderna. En verdad, esta tesis tiene sus raíces en la Ilustración, que tanto se ha esforzado por enfrentar a las religiones reveladas. El pasaje del oscurantismo al iluminismo, de la superstición a la razón sería desde esta perspectiva inevitable, así como lo es el sentido de la evolución histórica. La crítica iluminista de la religión contemplaba a la vez distintos aspectos: desde el reclamo por regenerar las instituciones religiosas que se deja por ejemplo leer en *La religiosa* de Denis Diderot, hasta la crítica epistemológica a la superstición que prefería aferrarse a explicaciones sobrenaturales para los fenómenos naturales. Pero este pasaje de la superstición a la razón se basa en el mito de que el mundo moderno, desencantado, habría de proscribir a la religión. No quiere decir esto que la sociología clásica se dejara llevar por los prejuicios iluministas –sólo basta para ello ver cómo Durkheim le asigna a la religión una función social, al ubicarla en la base de todas las instituciones sociales–; pero de una manera u otra, compararía el pronóstico acerca de que las religiones históricas no lograrían sobrevivir al mundo moderno. Quizá quien mejor expresara esto fue Weber: el proceso de racionalización, propio de la modernidad, vació de sentido las prácticas mágico-sacramentales, tal como puede constatarse desde la reforma protestante, tomando como punto de partida la concepción luterana de la salvación *sola fide* para concluir en la tesis calvinista de la predestinación. Al perder su dimensión sacramen-

tal, la religión, que podía de ahí en más prescindir de la mediación sacerdotal, pasaba a convertirse en un asunto "interior", subjetivo e individual –en este contexto cobraba sentido, según advirtió Weber, el concepto de "profesión" (*Beruf*), que estaría en las bases del *ethos* del capitalismo moderno–.

De aquí se deriva una segunda dimensión en torno al concepto de secularización que merece ser destacada: la privatización de la religión. Bajo las sociedades modernas, la religión quedó relegada a la esfera privada e íntima de los individuos. A ello habría contribuido una serie de procesos que en el mundo moderno hicieron que la religión perdiera su dimensión pública: desde las sucesivas expropiaciones que sufrieron los bienes eclesiásticos, hasta el abandono del mito de la "unión del trono y del altar", en el marco de los regímenes políticos republicanos que se fueron consolidando a lo largo del siglo XIX. Desprovista de tal dimensión pública, la religión pasaría a refugiarse definitivamente en las conciencias, hasta que finalmente lograría incluso ser desplazada de éstas, gracias al desarrollo de la ciencia moderna. En los términos de Weber, según afirmara en su conferencia "La ciencia como profesión", "a quien no pueda afrontar virilmente el destino de esta época debe decirse que se vuelva más bien en silencio [...] a los brazos misericordiosos y ampliamente abiertos de las antiguas iglesias". Al fin y al cabo, si recordamos a Kant, el iluminismo consistía en el desafío de servirse de la propia razón, un desafío al cual debía enfrentarse la conciencia individual.

Por último, podemos señalar una última dimensión: la secularización entendida como un proceso de diferenciación funcional de esferas que, según Weber nuevamente, constituye la clave para entender el proceso de racionalización propio del Occidente moderno. El proceso de diferenciación al que hacemos referencia se define por la creciente autonomía de la política, la ciencia y la economía con respecto a la religión: en la modernidad occidental, cada una de estas esferas se mueve según su propia lógica autónoma. Con ello, la propia esfera religiosa también se especializa y se repliega de alguna manera sobre sí misma. Ya en el siglo XVI el propio Concilio de Trento de alguna manera se había propuesto, aunque no necesariamente lo haya logrado, hacer del sacerdote un ministro que tuviera a su cargo la administración de lo sagrado y de los bienes de salvación, pero no más que ello: de este modo, quedaría despojado de cualquier otra función social, económica o política.

En fin, el concepto de secularización presenta distintas dimensiones de análisis en la tradición sociológica que aquí sólo hemos inten-

tado definir muy someramente y puede ser abordado desde diferentes perspectivas pero, en cualquier caso, ha tendido a prevalecer la idea de que la secularización constituía un proceso que, en la modernidad, se tornaba irreversible. Es por ello que a la hora de discutir este problema resulta inevitable referir a la mirada que la Ilustración posó sobre él ya que ha tenido un influjo duradero que hemos podido advertir, por ejemplo, en la cita de Weber transcrita más arriba. La lectura que se haga de la tradición ilustrada es en este sentido decisiva para entender el modo en que se piensa la secularización.

Llegados a este punto, debemos confesar que aquel consenso del que hablábamos no fue sin embargo unánime en la tradición sociológica –tal como ésta ha sido construida–. Desde una mirada diferente, con una comprensión tanto más matizada de lo que significó la Ilustración a la hora de construir una serie de prejuicios en torno a la religión, Alexis de Tocqueville advirtió que tales prejuicios fracasaban si uno se tomaba el trabajo de contrastarlo seria y empíricamente: “el celo religioso, decían [v.g., los hombres de la Ilustración] debe extinguirse a medida que la libertad y las luces aumentan. *Es deplorable que los hechos no concuerden con esa teoría*”. La sagaz observación que hace Tocqueville acerca de la religión en los Estados Unidos nos introduce de lleno en el problema de las limitaciones del concepto con el que estamos trabajando. Pero en más de un caso la observación de Tocqueville no fue atendida por los investigadores, y estos dieron por descontado que la secularización constituía un dato de la realidad –entre ellos, el propio Gino Germani–.

Por otra parte, no se puede perder de vista el hecho de que la secularización no era simplemente una tesis de un discutible valor sociológico, sino que constituía un diagnóstico de la modernidad que serviría de asidero para la acción de aquellos que se hallaban fuertemente preocupados por el declinar de los valores religiosos tradicionales; los más fervientes detractores de la secularización y de la sociedad moderna fueron quienes más se esforzaron por insistir en que tal secularización constituía un hecho innegable. Si la sociedad moderna se ha secularizado irremediablemente, de allí se deducía que la religión debía hacer esfuerzos sobrehumanos para volver a reconquistar lo perdido. De esta manera, la tesis de la secularización resultará altamente funcional para el desarrollo de un catolicismo intransigente que se jactará de su carácter fervientemente antimoderno (recordemos aquí el trabajo homónimo de Jacques Maritain), y que no vacilará en añorar un paraíso perdido que habrá de identificar en los tiempos medievales. La tesis de la secularización en este contexto

será empuñada como un arma, sin importar si los hechos –como diría Tocqueville– concuerdan o no con la teoría. Al igual que el marxismo que proclamó que la sociedad capitalista estaba destinada a fenecer, el catolicismo intransigente que se gestó a la luz del Concilio Vaticano I proclamó por su parte que la religión estaba destinada a perecer y comenzó a hacer el identikit de sus enemigos, que la atacaban desde todas partes: liberales, masones, socialistas, anarquistas, judíos, etcétera. La religión se convirtió en un parteaguas, separando a aquellos que estaban a favor de los que estaban en contra. De allí resultó una historiografía fervientemente militante, sea confesional, sea anticonfesional: la primera consideró a la secularización como el enemigo a combatir; la segunda, como si se tratara de un baluarte a defender. Pero, en ambos casos, se daba por descontado que la secularización era un dato indiscutible de la realidad.

¿Debemos concluir pues que la tesis de la secularización deba ser descartada, sin más? No necesariamente. Ella expresa, sin embargo, algo muy cierto: que la religión ocupa en la modernidad un lugar distinto del que tuvo en otros tiempos. Que la religión haya dejado de desempeñar el mismo papel que tuvo antaño no significa que no haya encontrado pese a todo su propio lugar. Se trata de un lugar que debe ser definido sin hacer de la secularización un problema que sólo admitiría una respuesta que supone una toma de partido, a favor o en contra; pero para ello es necesario no dar por descontado el proceso de secularización.

Referencias bibliográficas

- Aron, Raymond, 1992: *Las etapas del pensamiento sociológico II. Durkheim-Pareto-Weber*, Buenos Aires.
- Casanova, José, 2000: *Oltre la secolarizzazione. Le religioni alla riconquista della sfera pubblica*, Bologna, Il Mulino.
- Fustel De Coulanges, 1978: *La ciudad antigua*, México, Porrúa.
- Durkheim, Émile, 1993: *Las formas elementales de la vida religiosa*.
- Gino Germani: "Urbanización, secularización y desarrollo económico", *Trabajos e investigaciones del Instituto de Sociología*, publicación interna número 68.
- Kant, Emmanuel, 1784: "¿Qué es la Ilustración? (1784)", *Filosofía de la historia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987.
- Maritain, Jacques, 1922: *Antimoderne*, Paris.
- Testoni, S., 1997: "Ilustración", en Norberto Bobbio *et al.*, *Diccionario de política*, México, Siglo XXI.

Tocqueville, Alexis de, 1996: *La democracia en América*, México, Fondo de Cultura Económica.

Tönnies, Ferdinand, 1979: *Comunidad y asociación*, Barcelona, Ediciones Península.

Weber, Max, 1984: *Ensayos de sociología de la religión*, Madrid, Taurus.

Weber, Max, 1991: "La ciencia como profesión", *Ciencia y política*, Buenos Aires, CEAL.

SIGNIFICATIVO

George Watson

Las palabras como *válido, significativo, societal y estructurado* deben haber sido inventadas para poder evitarlas.

De Watson, George, 1987: *Writing a Thesis, a guide to long essays and dissertations*, Londres.

SOCIEDAD

Thomas Sowell

Las metáforas que sugieren que "la sociedad" es una unidad de toma de decisiones pueden ser muy engañosas porque desestiman las situaciones en las cuales las decisiones son precisamente lo que son, ya que las unidades que realmente las toman se enfrentan a una particular clase de estructura de incentivos. Ignorar la naturaleza específica de las unidades que toman decisiones es suponer mejoras al tratar de sustituir "los malos muchachos" por "los buenos", o al esperar el Mesías o el triunfo general de la razón humana. Cualquiera de estas opciones, en fin, la que parezca menos improbable o menos remota en el tiempo. A veces la metáfora de la "sociedad" es usada más tendenciosamente para cambiar, sin que se note, el lugar desde donde se tomaron las decisiones: en lugar de numerosas pequeñas unidades se refiere a una única unidad nacional de toma de decisiones. Los méritos o deméritos de este cambio son simplemente ocultados por metáforas que se leen como si la "sociedad" estuviera haciendo *esto* ahora